

## CREACIÓN

Jesús Ferrero. *Amador o la narración de un hombre afortunado*. Barcelona, Planeta, 1996, 298 pp.

Esta última novela de Jesús Ferrero llega a mis manos tras haber alcanzado una segunda edición, lo que es prueba evidente de que en muy poco tiempo ha logrado un estimable éxito de ventas. Es Ferrero uno de los más afortunados narradores de la reciente hora española, autor galardonado con premios tan significativos como el Ciudad de Barcelona y el Internacional de Novela Plaza & Janés, este último concedido a un libro suyo —*El efecto Doppler*— de cierta afinidad con el *Amador* que ahora comentamos.

Que Ferrero es hombre de rica imaginación lo demuestra su abundante obra publicada y la notable popularidad de que disfruta. El que no todos compartamos sin reservas el entusiasmo de quienes admiran a este joven autor, no resta mérito a sus indiscutibles virtudes literarias. Estamos ante un prosista de primera calidad, y es de celebrar el buen pulso de escritor que preside muchas de sus páginas.

No parece, sin embargo, que Ferrero haya dado esta vez en el blanco con la plenitud deseable. Concebida como narración abierta, «porosa», consciente o inconscientemente imitadora de las mejores novelas barro-jianas, *Amador* quiere contarnos en primera persona la historia de un hombre irónicamente capacitado para ver el lado favorable de la vida. Sincero o no en sus exultaciones, el Amador del cuento estima que es persona de «muchacha suerte», a pesar de haber nacido en una cárcel de mujeres, de padecer una orfandad prematura y de vagar sin rumbo fijo por este valle de lágrimas. Se trata de un personaje natural de Bélgica, hijo de emigrantes españoles que han vivido siempre a salto de mata y que mueren como consecuencia de una de sus fechorías.

Ya tenemos al joven Amador, huérfano de padre y madre, en disposición de iniciar su vida difícil. Aunque en otros ambientes y en otro tiempo, el tipo recuerda no poco al Manuel de *La lucha por la vida*, como decíamos, y también, *mutatis mutandis*, a otros antihéroes de la tradición picaresca española. Acogido al principio por unos familiares suyos, un amago de juvenil delincuencia hace que termine internado en un correccional, donde coincide con Fabio, antiguo compañero de correrías con el que terminará entablando estrecha y no siempre serena amistad. Tras el período de internado (aquí encontramos muchas de las mejores páginas de la novela, reminiscentes de aquellas narraciones «con cura» de las que hablaba don Manuel Azaña) sale al mundo y deambula de uno a otro lugar sin ocupación definida: Barcelona, Madrid, Ginebra, París. Si el nombre que Ferrero ha dado a este nuevo pícaro encierra alguna intención, ella tendría que ser la de dejar constancia de sus inagotables recursos amatorios. Las aventuras de Amador son casi todas ellas de ca-

rácter erótico. A veces en compañía del misterioso Fabio —también erotómano, biesual, imprevisible—, a veces solo, se deja ir por la vida. La promesa novelesca de un planteamiento argumental de este tipo siempre ha sido irresistible. Pero lo que en esta narración empieza por ser estupendo arranque adornado de vivos diálogos, sutil ironía y buen humor, entra poco a poco en decepcionante monotonía. Quizá no fuese demasiado arriesgado decir que el pansexualismo del libro es a un mismo tiempo su principal reclamo y su mortal defecto; y ello, no porque Ferrero ignore las técnicas de la mejor escritura erótica, sino por el desorbitado uso que en esta ocasión se hace de ella. Esta excesiva devoción al genitalismo llega a ser todavía más tediosa cuando se mezcla, como sucede en este caso, con lo que quieren ser sabias y agudas consideraciones filosóficas sobre el sentido de la vida. El hedonismo pseudo-intelectualizado que proponen algunos personajes de la obra con los que el protagonista se resiste a simpatizar, hace que éstos resulten a la postre cargantes y endebles. Y a pesar de que Amador afirma disenter de estos filosofastros, no deja por ello de escucharlos ni de plasmar en el relato sus ocurrencias. En esencia, éstas se resumen en una suerte de invitación al *carpe diem* y en el que se supone sutil consejo de uno de ellos: «Comed, bebed, fornicad, que la vida es breve. Un tópico terrible que al mismo tiempo es una terrible verdad» (205).

Insisto: no acaba de entenderse cómo el narrador, quien dice detestar ciertos ambientes de falso intelectualismo y extrema decadencia, siga frecuentándolos con puntual y ejemplar perseverancia. Sea ello como fuere, el constante tributo que la novela rinde a ese orden de cosas hace que la historia, de suyo desdibujada y fluctuante, vaya perdiendo nervio y termine por no llevarnos a ninguna parte. El lector se fatiga al tener que ser testigo, apenas sin descanso, de *tantísimos* coitos, manoseos y exploraciones anatómicas de todo signo. Bien es verdad que Ferrero hace lo posible por sazonar este guiso con buen gusto y elegancia. Pero su excelente pluma es incapaz de redimir lo que por naturaleza suele dar menos juego literario de lo que quizá el propio autor imagina.

Qué lástima que los grandes momentos de esta novela —pienso en los capítulos 19 y 20, entre algunos otros— se vean enterrados entre páginas y más páginas dedicadas al culto orgásmico, al detallismo vagino-rectal, a la insaciable, a veces violenta sexualidad indiferenciada.

Leyendo al Ferrero de esta novela se le viene a uno a la cabeza lo que, según el viejo poema, decían los vecinos de Burgos cuando vieron a Mio Cid entrar por sus puertas: «¡Dios, que buen vassallo - si hobiesse buen señore!». Pero quizá los errores que veo en este libro singular sólo sean indicio de una incapacidad generacional mía para apreciar con justicia las más genuinas expresiones literarias de la nueva sensibilidad.